Pynchon ríe detrás de la máscara

Cambiando de registro, el escritor publica una novela negra cargada de humor, «Vicio propio». Además, se editan en España un pequeño ensayo que arremete contra el escritor y una novela con prólogo de su puño y letra.

Ulises Fuente - Madrid

La lectura de la obra de Thomas Pynchon es para muchos una frustración, una carrera a oscuras con el barro hasta las rodillas a través de una media del millar de páginas cargadas de referencias, anécdotas que aparentemente no conducen a ninguna parte, cambios de narrador y temas a veces ordinarios, a veces el mismo Holocausto. Del autor de «El arco iris de la gravedad», del que sólo se conservan fotos de su juventud en la Marina por su alergia a los medios de comunicación, se publica en marzo en España «Vicio propio» (Tusquets), en la que el esquivo novelista cambia de registro. La historia de esta novela la cuenta un investigador cejijunto, canijo, peinado a lo afro, con una memoria vaporosa por el exceso de marihuana en el colorista Los Ángeles de los años sesenta.

Buscar a un desaparecido

Doc Sportello, así se llama, deberá seguir la pista de una desaparición que no hace más que enredarse. Hippies, surfistas, policías corruptos, los resultados impredecibles del consumo de LSD, incluso una especie de embrión de internet y de «proto hackers», masajistas políticos y camellos... pero, en esencia, Pynchon se ha atrevido con una novela negra. Incluso algún crítico la ha calificado de «El gran Lebowski» (película de culto de los hermanos Cohen) convertida en novela. «Uno de los escritores más tercos y oscuros de América ha creado la mejor lectura de playa», escribía Tim Martin en «The Telegraph», en una línea similar a Rodrigo Fresán, que ha dicho que esta obra es una especie de «Pynchon de vacaciones», aunque enseguida amatiza: «Es el mismo trabajador Pynchon de siempre». Por primera vez, un libro accesible.

Este «trabajador» Pynchon es el que saca de quicio a Rubén Martín G., que acaba de publicar «Thomas Pynchon, el escritor sin orificios» (Alpha Decay), después de intentar releer «El arco iris de la gravedad», la que para muchos es la obra cumbre del neoyorquino. «Y solamente lo conseguí enfadarme», dice por teléfono. «De ahí nace el libro, del malestar por releer una obra que nunca llegas a comprender, por no saber si escribe para sí mismo o para que los demás disfruten, de pensar incluso que escribe para hacernos daño», afirma. En el límite con el insulto y la provocación directa, Martín entra en el problema literario que Pynchon creó hace unas décadas con «El arco iris...» y no se ha ocupado de resolver: el vasto mundo de las referencias en sus tramas, que saltan de la química a la religión, y de las matemáticas a la literatura, que cambian de narrador y de escenario de forma aparentemente arbitraria... ¿le condena a ser leído fingidamente? ¿Podría ser ésa una causa de su cambio de registro? «Creo que en su obra no se puede despreciar una falta de capacidad para generar entretenimiento bastante accesible: hay ratas que se mueren de ganas de comulgar, cazadores de cocodrilos en los subsuelos de la ciudad...», comenta Ana S. Pareja, editora de Alpha Decay, que también admite que Pynchon cae («y me interesa como su aportación literaria») en esos agujeros negros disparatados y dedica «extensiones descomunales a a motivos ordinarios, y la sabiduría con que los abandona, y la falta de oportunidad con que a veces no los abandona». Ese debate sigue ahí desde 1976, cuando ganó el National Book Award, el galardón literario más prestigioso de Estados Unidos junto al Pulitzer y que fue a recoger en su nombre un payaso. Porque antes el jurado del Pulitzer había vetado la misma novela al considerarla «ilegible y sobreescrita».

En todo caso, en opinión de Martín, el neoyorquino es un tipo «maquiavélico que no duda en utilizar chistes malos» que le provocan «ganas de escribir una cadena de insultos». Aunque después

Algún crítico la ha calificado de «El gran Lebowski» convertida en novela

El protagonista de la obra es Doc Sportello, un detective cejijunto y peinado a lo afro

Raúl

FOTOS, NO
De Thomas Pynchon sólo se conserva alguna imagen de sus años de juventud en la Marina